

—Porque es muy bonita y acaso sea coqueta.

—¿Qué quieres decir?

—Que la he visto rondada por un galán, cuyas intenciones no son sanas.

Corentino levantó el puño cerrado.

—Si Ivona no me quiere, no pienso contrariarla. Es libre y no la quiero contra su voluntad; pero si me la quitase otro, lo aplastaría como una avellana. ¿A quién te referías?

—A nadie; pero el vecino de Laugou ha hecho muchas y no tiene fe ni ley.

Y añadió apretando el brazo á su hermano:

—Cuidado, pues, por tí y por ella.

—Ivona es una muchacha honrada, y nada puede haber entre ella y el duque, prosiguió Corentino; pero velaré por ella, como dices; por ella sobre todo, porque por mí..... Si ella tuviese la desgracia de ser tan vil.....

Corentino se detuvo.

—No jures, dijo Juan María. La amas..... está bien; pero..... ¡abre el ojo!

Se callaron.

El viejo Cleguer y su mujer dormían en el carro.

El caballo trotaba por la landa rocallosa del camino, iluminado por la luna.

Pronto las ruedas rodaron sobre la fría arena de una sinuosa avenida flanqueada de árboles, que iban siendo mayores á medida que el terreno mejoraba, y la arrogante silueta del castillo de los Bresson se dibujó sobre un ancho valle, envuelto en una bruma transparente y como luminosa.

Corentino pensaba:

—¡El señor de Vaudrey! Si se atreviera á tocar un dedo de Ivona, duque y todo, no escaparía vivo de mis manos.

Y Juan María, asediado por la idea que le atormentaba desde la noche fatal del 26 de Febrero, se preguntaba por su parte:

—¡El duque de Vaudrey!..... ¿Por qué lo recuerdo á todas horas?..... ¡Es él!..... ¡es él!..... ¿Pero cómo demostrarlo y cogerle?

## IX

### LA CRUZ DE LOS AZULES.

La cruz de los Azules es un calvario de granito (en el Morbihan es todo de granito, como el suelo en que los monumentos se erigen), levantado en el sitio donde se verificó en 1797 una memorable batalla entre la juventud de Plelau y de Scaer y la guardia nacional de Vaunes, que venía á llevarse al párroco y á jugarle una mala pasada.

Los dos bandos eran iguales en número, y se disputaron al cura con un valor que hubiera sido mejor empleado contra los extrajeros que trataban de invadirnos.

Los Azules fueron vencidos y los feligreses de Plelau conservaron su párroco, que se escondió en la landa, esperando tiempos mejores, después de

bendecir la fosa de muchos de sus ovejas y de otros que quedaron confundidos en el campo.

Se erigió una gran cruz en el sitio donde habían muerto.

Y los hermanos enemigos, los hijos de la madre patria durmieron junto á su sombra.

¡Ojalá no vuelva á repetirse la escena!

El calvario subsiste en medio de los bosques de Plelau, á cosa de media legua del castillo del conde Hugo.

La yerba crece allí copiosamente, abonada por la buena sangre vertida, y los señores del castillo han plantado en derredor de la cruz un círculo de olmos y de plátanos cuya sombra se proyecta en ancho espacio.

El sitio es muy silencioso y desierto.

A las dos de la tarde del día siguiente aguardaba allí un hombre sentado en un tronco caído.

Vestía traje gris acero y llevaba en el ojal un pimpello de rosa.

¡Condecoración de elegante y enamorado!

Por entonces era lo uno y lo otro.

El sombrero de fieltro de igual color que el traje, cubría graciosamente sus cabellos negros. En la mano derecha llevaba un delgado junco con puño de oro, que le servía de látigo, y con el cual se golpeaba las botas con cierta impaciencia, mientras miraba inquietamente la estrecha y tortuosa senda que se pierde hacia Plelau en los bosques.

Era el señor de Vaudrey.

El criado paseaba los caballos á trescientos metros de la cruz, en un sendero hondo.

El duque estaba casi alegre.

Envolvíanle los hechizos de Ivona. La intriga urdida en torno de la joven, distraía agradablemente sus ocios. No dudaba del éxito, y la conquista merecía la pena.

Al diablo remordimientos y recuerdos importunos.

La vida es amable, y en medio de todo, el barón le había puesto en el caso de legítima defensa. ¿A qué venir tan fuera de razón á interrumpir una cita sin que nadie le llamase? ¿A qué aquel duelo bárbaro en el cual uno de los combatientes habría de morir inevitablemente?

El barón tenía lo merecido, según tal razonamiento.

El duque estaba completamente entregado á la esperanza de una aparición que le parecía cada vez más adorable.

Aunque se viva en la sociedad más elegante, no es fácil tropezar con una joven de las buenas formas de Ivona.

Era una fruta verde aún, fresca y aterciopelada. Vaudrey sentía un ardiente deseo. Por muy gastado que estuviese, la prometida de Corantino le parecía lo que era en realidad: un verdadero asombro.

¿Qué producía este efecto? ¿La soledad en que se había encerrado desde su venida á Bretaña, ó sólo los atractivos de la joven? No trataba de ave-

riguarlo, pero seguía aferrado á su idea: la requería y la tendría de grado 6 por fuerza. La resistencia no le parecia temible. La turbaci6n de Ivona, su palidez, su silencio, su tímida mirada al alejarse, eran datos positivos sobre el estado de su alma.

Habia vivido demasiado para no conocer la influencia que el nombre y la fortuna ejercen sobre su alma sencilla 6 ignorante, y fácil de ser deslumbrada.

Y en fin, sin estar enfusado de su físico, habia logrado ya suficientes conquistas, para apreciar su mérito.

Para quien habia triunfado de la baronesa de Bresson y de tantas otras, eran un juego las resistencias de una nifia que servirían de agradable distracci6n contra sus sombríos pensamientos.

Entre tanto corrian los minutos.

El duque habia mirado más de una vez el reloj y la bella Ivona no venía.

Cantaban los pajarillos en los árboles; tamarindos y espinos albares en flor perfumaban el ambiente tibio; pero el duque, refractario   los encantos primaverales, se impacientaba, cuando, por fin, vi6   lo lejos la falda negra y el fich  blanco de la víspera, bjo una sombrilla gris de seda.

Entonces se ensanch6 su pecho y lanz6 un suspiro de gozo.

En el pecho de acudir Ivona, comprendi6 que habia ganado la partida.

Pronto distingui6 la hermosa cabellera castaña, esp ada sobre los hombros de la joven y sus ne-

gros ojos velados por largas pestañas 6 inclinados modestamente al suelo.

Ivona se acercaba con vacilaci6n.

Cuando estuvo   algunos pasos de la cruz, se enrojeci6 su semblante y se apret6 su pecho. El duque hubiera podido oir los latidos del coraz6n de la desdichada.

Se levant6 para recibirla y la estrach6 la mano.

—Está mal lo que hago,—balbuce6 Ivona.  Por qué he venido? No lo s .

El duque la llev6 al banco donde la esperaba.

— Por qué has venido?—murmur6 con aquel acento dulce y vibrante que constituía uno de sus principales atractivos.—Porque una corriente natural nos lleva el uno al otro. Has venido á mí, como yo voy á ti, sin pensarlo, sin darte cuenta del por qué, s6lo porque te amo, y el amor atrae.

— Se or duque!...  C6mo puede usted figurarse?

—Porque soy franco,—continu6 el duque fingiendo admirablemente.

—Todo nos separa.

— El qué?

—Su clase de usted... la mía.

—La modestia te engafia. Has nacido para reinar soberanamente. Tienes el único poder conveniente   la mujer, el único á quien debe el prestigio que nos vence,  a hermosura y la gracia!

Su posici6n era ventajosa. Ivona estaba ganada de antemano. Hacia algunos años que los ojos del castellano de Laugou del brillante caballero enviado por todos, la habian impresionado profundamente.

Véalo en sus sueños como un Dios, á quien no podía aproximarse; tan superior le parecía á los demás hombres. ¿No era el señor más poderoso, más joven y más bello de toda la comarca? ¿Quién podía comparársele? ¿El conde de Plelau? Era demasiado bueno y sencillote. Habíase acostumbrado, además, á mirarlo como un padre, y como á hija la trataba.

¿Los Bresson? No tenían las ventajas del apellido ni la juventud. El duque era, pues, el ideal imposible, la seducción viviente: y ahora se rebajaba á suplicarla y la colmaba de lisonjas, cuando ella hubiera querido prosternarse á sus plantas?

¿Qué sueño?

Por eso estaba junto á él palpitante, vencida de antemano oyendo como música deliciosa sus amorosas palabras y recibiendo en el corazón las flechas de sus fascinadores ojos.

Tan seguro de su triunfo estaba el duque, que no se apresuraba á disfrutarlo.

—¿Has recibido mi carta?—preguntó.

—Sí.

—¿Gib te la ha entregado á tí sola?

—En efecto.

—Es muy listo. ¿Por qué no has contestado?

—Porque no debo.

Y con visible esfuerzo añadió:

—Y si vengo hoy, es sólo para suplicarle que me deje.

El duque sonrió ligeramenta.

—¡Dejarte!—exclamó.—No me creerías aunque

te lo prometiese. Puede renunciarse al calor del sol ó al perfume de las flores? ¿No has visto cómo te devoran con los ojos esos campesinos, incapaces de comprender tu hermosura exquisita y delicada? ¿No oyes por donde quiera que pasas murmullos halagadores? ¿Has encontrado hombre alguno invencible al encanto que emana de tí, como el calor de la lumbre? ¡Dejarte! ¡Renunciar á tí! Me es imposible. ¡Pídemelo que quieras! ¡Manda y te obedeceré! ¡Pero, dejarte! ¡Oh, nunca!

Se acercó á Ivona, rodeó con el brazo su talle, sin que, paralizada por el amor, se resistiese.

—No data de ayer mi amor—continuó el duque.—Data de muchos años, y estoy seguro de que sin hablar nos entendíamos. Tú eras muy niña cuando juré que me pertenecerías, aunque tuviese que cometer las mayores locuras. Tú lo has adivinado. ¿Acaso no me decían tus ojos lo que pasaba en tí, como los míos te decían el amor profundo que me habías encendido en mi alma? Aquí mi único placer era el mirarte: en París, sólo con tu recuerdo era dichoso. Si he vuelto tan pronto á Langou, á este país al que nada me trae, á ese castillo, triste como un claustro, es porque tengo en el corazón una pasión que lo llena; es porque tu imagen está grabada en él, y todo lo desvaneces; es porque hubiera dado á París y al mundo entero sólo por pasar mis labios en tu mano.

D. túvose satisfecho de su elocuencia amorosa, y sobre todo del efecto que producía en la joven. Esta

hizo un esfuerzo para recobrase y murmuró con los ojos medio cerrados:

—¿Cómo orocerle á usted? ¿Cómo persuadirme de que habla usted sinceramente?

—¿Qué he de hacer para convencerle?

—¿Qué puedo ser yo para usted?

—Todo—dijo el duque embriagándose con los encantos de aquella joven, fresca y gallarda como primavera florida.—Si tu quieres, Ivona, un porvenir risueño nos espera. ¿No puedo amarte? ¿No puedo unir mi existencia á la mujer á quien ame? ¿No es esto la verdadera felicidad, la única dicha envidiable? ¿Qué hablas ahí de clases y distancias? Eres joven, bella, adorable; y vales más que todas las marquesas del mundo.

Se echó á reír y se burló de todas las nobles del contorno.

Las ridiculizó con charla diabólica, poniendo de relieve sus defectos y faltas.

—¿Hay una—concluyó,—digna de atarte los zapatos?

Pero la frente de Ivona no se desarrugaba.

Sufría punzante emoción, cuyas faces podía seguir el duque.

—Créeme, pues,—continuó.—La dicha viene á buscarte.

—¡Usted es libre y yo nó!

Seguro del triunfo, el señor Vaudrey se gozaba en la agitación de la víctima.

—Lo sé, dijo con lástima desdefensa. Me han hablado de un proyecto de matrimonio. ¿No estás

prometida á ese Corentino Cleguer, Cleguer de Scaer, ese que se ha cubierto de gloria en la romería?

Imposible dar idea del tono despreciativo del duque.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Mi padre quiere que me case, murmuró.

—Tu padre quiere. Está bien; pero se trata de tu porvenir y de tu dicha. ¿Y tú, qué piensas de la boda?

—Corentino me ama y es muy bueno.

—¿Y te resignarás á ese matrimonio?

Ivona no respondió. Habría dado su consentimiento si el tentador no se hubiera presentado.

—¡Pero no comprendes que es una unión desventajosa! ¡Dios me libre! ¡Es casarse una duquesa con un mozo de cuadril! ¡Es poner una camelia en la blusa de un machacador de piedra! Aunque me jurases por todos los santos de la iglesia de Plelau, pintorroteados de rojo y azul, invocados por pobres mujeres; aunque me jurases por el alma de tu madre que consientes de buen grado en ese desigual matrimonio, creería que me tomabas por un necio si me suponías capaz de creerte.

La injuria sublevó la dignidad de Ivona.

En medio de todo, estimaba á Corentino. Era un amigo de la infancia.

—Con él, respondió con viveza, puedo presentarme con la cabeza levantada: si tuviese la desgracia de escuchar á usted, quedaría deshonrada y perdida.

—¡Palabras sin sentido! replicó el duque.

Y comprendiendo que la ironía no haría mella en aquella alma inocente, pero asustadiza, volvió á la persuasión, se inclinó sobre sus cabellos y suspiró como para adormecer sus últimos escrúpulos.

—¡Deshonrada! ¿Quién había de saberlo? ¿No podemos amarnos en el retiro de los bosques, en el fondo de esta soledad adonde vengo á buscarte? Estaré á tu lado el tiempo que me mandes. Si me exiges más, ¿podré negártelo debiéndote las supremas delicias del amor y una felicidad infinita? ¿Crees, por tanto, que podría olvidarte, ó mejor dicho, infamemente? ¡Perdida! ¿Qué puedes temer con mi apoyo? Si me amas, ¿qué no haré por agradarte y poseerte? Convéncete. Yo no quiero ser tu señor; quiero ser tu esclavo, vivir á tus piés y cumplir á ciegas cuanto me mande tu voluntad y tu capricho.

La abrazó y se deshizo en súplicas peligrosas en sus labios. Tomó las manos de la incauta y las cubrió de besos.

Ivona cedía poco á poco, embriagada por sus palabras, como el cervatillo por los hinchados retoños de mayo.

Irguióse de repente, y exclamó:

—¡Déjeme usted, por Dios!

El duque frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—Oiga usted.

En un barranco al pie de la Cruz de los Azules,

se oía cantar con voz torpe y cascada una especie de monótona melodía, triste como un día de difuntos.

Oyóse distintamente esta lúgubre estref:

Bajo tierra han ocultado  
el cadáver de mi amor:  
¡cavad! con él sepultado  
hallareis mi corazón.

Después una cabeza escuálida y desgrefñada, apareció entre dos álamos, fijando en los dos culpables sus irónicos ojos.

—¿Quién es esa bruja? preguntó el duque.

—Juanilla la tonta, ó hablando bien, la loca, una pobre muchacha. Es de Plelau y allí vive. Su padre no quiso casarla con un mozo á quien amaba. El mozo se hizo matar en la guerra y ella perdió la razón.

Ivona se había levantado.

—Si cediese, señor duque, dijo con tristeza, ¿quién sabe si yo también la perdería? Dice usted que me amaré siempre y yo concexo que eso es imposible.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Hace un momento también yo estaba loca. Esto es acaso un aviso de Dios. Separémonos y procure usted no volverme á ver nunca.

—¡Ivona!

—¡Tenga usted compasión de mí!

Había tanto amor en este grito, que el duque se conmovió á pesár de su duro corazón.

- Sólo anhelo tu felicidad, dijo.  
 —¡Pues bien, déjeme usted pensarlos! ¡Adiós!  
 —¿Cuándo te volveré á ver?  
 —No lo sé.  
 —¿Mañana?  
 —Quizá.  
 —¡Eres un ángel!

Ivona sonrió, movió la cabeza y se alejó.

El duque la miraba alejarse. Sus hermosos cabellos, tendidos en sedosas ondas, brillaban deliciosamente al sol. Sus movimientos revélaban las proporciones admirables de aquel cuerpo lleno de gallardía y vigor.

El duque se enfurecía contra sí mismo por haberla dejado escapar.

—¡La quiero y la tendré! murmuró azotando el aire con su látigo.

Cuando volvió la cabeza, la loca, apoyada en un largo garrote, estaba á dos pasos de él.

—Los gallos de Langou cantan hoy más fuerte que los de Scaer; pero los de Scaer tienen espolones y pico, repitió Juanilla pensando en el encuentro anterior en la avenida de Plelau.

—¿Qué quieres decir? preguntó el duque con altivez.

—Que Corentino Cleguer se enfadaría si supiese lo que ocurre en la cruz de los Azules. Y Corentino es mozo que á nadie teme.

—¡Silencio, vieja bruja!

—Treinta años tengo, y también era hermosa no ha mucho tiempo aún.

—Te creen loca, dijo el duque clavando en ella su dura mirada. ¿Lo eres de veras? Lo dudo. Sacó dos luises del bolsillo y se los ofreció. La loca no alargó la mano.

Y sin más, se apartó del duque y se internó en la espesura, repitiendo su lastimera canción.

El duque, pensativo, buscó á Gib, y á los diez minutos galopaba á través de la landa, en dirección á Langou.

Ocho días seguidos volvió á la cruz, esperando hallar á Ivona.

Pero la joven no acudió.

Pasó á caballo por el parque de Plelau.

Las ventanas de Ivona permanecieron cerradas.

La joven le veía á través de las cortinas: el corazón quería saltársele del pecho, pero resistía á sus propios deseos y no se dejaba ver.

El duque no se avenía á sufrir tal derrota y no tomar la revancha.

Decidido á todo por triunfar de aquella obstinación que lastimaba su orgullo, empleó una estratagemata gastada, pero de éxito seguro sobre un corazón amante.

Escribió un billetito y fué á Plelau.

Eran las dos de la tarde.

Rondó inútilmente el pabellón de los Rebec, metiéndose entre los arbustos y árboles que lo cercan, sin ver á nadie, excepto al anciano Rebec, de pie, como un centinela, en la puerta de su casa.

Iba ya á retirarse, cuando en la esquina del huerto halló á una gruesa criada reventando de salud.

Precisamente era Gertrudis, la muchacha asediada por el demonio de la codicia.

Llevaba un enorme cesto lleno de legumbres verdes y de zanahorias, menos rojas que sus cabellos, en honor de la verdad.

—Buenos días, hermosa, dijo el duque.

Gertrudis no se conmovió.

El piropo le parecía lo más natural.

Pero al conocer al señor de Laugou se detuvo llena de respeto y de estupor, y no pudo articular una palabra.

El duque echó una rápida mirada al rededor.

Estaban solos.

—¿Quiere usted hacerme un favor? dijo.

—¡Oh! si puedo, sí, dijo Gertrudis con rónca voz.

—¿Quiere usted á su señorita?

—¿A la señorita Ivona?

—Sí.

—¡Bonita pregunta!

—Tome usted esto por de pronto.

—¡Veinte francos! ¿No se equivoca usted? dijo la moza arqueando las cejas.

—No.

—¿Pues qué me va usted á pedir?

—Poco: que entregue usted este papel á su señorita; pero á ella sola.

Gertrudis comprendió confusamente que la carta no debía contener nada bueno, cuando tan caro le pagaba aquel servicio.

Permaneció un instante indecisa entre la carta

que tenía en una mano y el luis que acariciaba con la otra.

Por fin venció el demonio.

—Está bien, dijo.

—Ni una palabra á nadie, ¡eh!

—Pierda usted cuidado, señor duque.

Gertrudis fué al pabellón, cuya puerta estaba libre.

El padre de Ivona la había abandonado.

En lo alto de la escalera halló Gertrudis á Ivona, que la estaba esperando.

—Para usted, señorita, dijo la criada. Del guapo señor de Laugou.

Ivona cogió el billete con el asán que un árabe sediento se echa á orillas de un arroyo, y se encerró en su cuarto.

## X

## ¿QUIÉN?

El barón Noel no era un hombre alborotado. Detestaba la ostentación y el ruido.

Es difícil sorprender al enemigo cuando se le busca á son de trompetas y atabales.

Así lo creía el barón.

Pero no perdía el tiempo.